

JOSÉ RODRÍGUEZ CARBALLO, OFM
MINISTRO GENERAL

LA RELACIÓN ENTRE LA OFM Y LA OSC

Clara y Francisco, memoria y profecía. I Congreso de Presidentas de las Federaciones de la Hermanas Clarisas. Asís 26-I-2008 - 6-II-2008.
<http://www.ofm.org>

Estimadas Hermanas Pobres, ¡el Señor os dé la paz!

Es una alegría para mí poderos encontrar en esta ocasión y deseo de corazón agradecer a cada una de vosotras el que estéis aquí presente en este Congreso. Sé bien las numerosas molestias que algunas de vosotras habéis tenido que afrontar para estar aquí hoy, pero deseo que la experiencia que viviréis en los próximos días sea rica de gracia y una ocasión auténtica para crecer juntos en el amor al carisma que Francisco y Clara de Asís nos han confiado, de modo que continuemos custodiándolo íntegro, para poder vivirlo con alegría y para poder donarlo con pasión.

Aquí en Asís, donde todo inició, nos hemos querido reunir para compartir nuestra fe y para hacernos peregrinos en los lugares que conservan vivo el encanto de nuestro carisma. Las celebraciones litúrgicas que viviremos puedan realmente expresar todo nuestro amor y nuestro agradecimiento al Señor, por habernos llamado a seguirlo por el camino para nosotros trazado por el padre san Francisco y por la madre santa Clara. De este modo deseamos ponernos, aún una vez más, en su escuela, para dejarnos conducir por ellos hasta nuestra meta, Cristo, nuestro único Maestro. Sean ellos nuestros guías en estos días. Estamos llamados a recorrer juntos el camino que queda por delante.

Finalmente, es particularmente significativo que este encuentro se desarrolle justo mientras nosotros los Hermanos Menores nos estamos preparando a celebrar el VIII Centenario de la aprobación de la Regla escrita por Francisco, mientras vosotras, Hermanas Pobres, os encamináis hacia el VIII Centenario del nacimiento de vuestra Orden. Es también éste un modo para recordar, y acordarnos, que no se puede hacer memoria de Francisco sin hacer memoria de Clara y que, igualmente, seremos «profetas» en este mundo nuestro si lo somos juntos, Hermanos Menores y Hermanas Pobres, justo como lo fueron entonces Francisco y Clara de Asís.

1. UN SOLO CARISMA

Quisiera iniciar este encuentro dando gracias, junto a vosotras, al Padre de las Misericordias, a nuestro Dador, por todo aquello que cada día de Él recibimos, pero sobre todo por el don de nuestra vocación a la santidad, contemplando el rostro de nuestro Señor Jesucristo y siguiendo las huellas en santa unidad, en minoridad y en pobreza. Esta fue la revelación que el Señor hizo a Francisco y que, a través de él, fue hecha también a Clara (cf. *TesCl* 2 y 5).

La de ellos fue una vocación compartida desde el principio, antes que el Señor le diese hermanos a Francisco. Es Clara la que nos lo hace saber en su Testamento, recordando como Francisco, cuando «no tenía aún hermanos ni compañeros, casi inmediatamente después de su conversión, mientras edificaba la iglesia de San Damián... movido por una gran alegría e iluminación del Espíritu Santo», profetizó que en aquel lugar vivirían ella y sus Hermanas (cf. *TesCl* 9-11). Una unión espiritual, porque ha nacido por la iluminación del Espíritu Santo, que fue después sellada cuando Clara prometió obediencia a Francisco. Es la misma Clara la que se siente obligada a recordar este momento fundamental de su experiencia, ya sea en el Testamento que en el centro de la Regla por ella escrita: «Después que el Altísimo Padre celeste se dignó iluminar con su gracia mi alma para que hiciese penitencia, siguiendo el ejemplo y las enseñanzas del beatísimo padre nuestro san Francisco, poco tiempo después de su conversión, junto con mis hermanas, le prometí voluntariamente obediencia» (*RCl* VI,1; cf. *TesCl* 24-25).

Clara entra con este gesto a formar parte con pleno título de la *fraternitas* y a compartir, justo como los Hermanos, la *forma vitae* de Francisco, aún viviéndola con modalidades distintas de los otros Hermanos. Por este motivo Francisco se sentirá siempre obligado a tener «cuidado diligente y solicitud especial» de Clara y de las Hermanas como de los Hermanos (cf. *RCl* VI, 4). Y si Clara en sus escritos hace continuas referencias a las enseñanzas de Francisco, no menos sabemos cómo Francisco se dirige a Clara en los momentos más difíciles e inciertos de su camino, yendo donde ella en persona o enviándole a los Hermanos (cf. *Proc* II, 15). Se trataba, por tanto, de una única fraternidad en la cual, cada uno, habiendo elegido vivir según la perfección del Santo Evangelio, en obediencia al Espíritu, la realizaba en el servicio y en la fidelidad a la santa Iglesia, pero con un estilo de vida propio. Esta comunión carismática en los inicios debía ser tan evidente que el mismo Celano, pocos años después, anotaba que «un solo y mismo espíritu ha hecho surgir a los frailes y a la señoras pobres de este mundo» (*2Cel* 204).

Los distintos modos, y no obstante tan iguales en la radicalidad y en la pasión, con los que san Francisco y santa Clara vivieron la misma llamada, han atraído a tantas mujeres y hombres de toda condición social, raza y cultura. A lo largo

de ocho siglos de historia, clérigos, religiosos y laicos, pertenecientes a la gran Familia Franciscana, han continuado recogiendo esta valiosa y comprometida herencia a «vivir según la forma del santo Evangelio», y la han testimoniado en la Iglesia y por el mundo.

También nosotros, por tanto, como ellos estamos llamados hoy a una espiritualidad de comunión, sobre todo porque el carisma que hemos abrazado nace en la comunión, en el compartir y en la participación. En efecto, si Clara promete a Francisco «obediencia», Francisco promete tener «cuidado» de Clara; si Clara en sus escritos apela continuamente a las enseñanzas transmitidas por Francisco, Francisco en los momentos más difíciles de su experiencia pide a Clara qué hacer o se ampara en ella. Vivir el Evangelio como franciscanos significa, entonces, hacer visible esta común pertenencia carismática, en la que la fundamental reciprocidad llega a ser un estímulo para sostener y ayudar la peculiar diversidad para expresar toda la riqueza y la belleza de nuestra forma de vida. Es lo que se dice también en las Constituciones Generales de la Orden de los Hermanos Menores: «Recuerden con agrado los hermanos que el carisma otorgado por Dios a San Francisco hace patentes y pone de manifiesto todos sus múltiples frutos tanto entre los hermanos menores como entre los otros miembros de la Familia Franciscana» (Art. 55, 1) y en las de la Hermanas Pobres de santa Clara: «El Padre san Francisco fundó tres Órdenes: la Orden de los Hermanos Menores, la Orden de las Hermanas Pobres y la Orden Franciscana Secular. Como hijos del mismo padre vivimos en una complementariedad vital» (Art. 120, 1).

Estos textos nos confirman que ninguna rama de la Familia Franciscana existe independientemente de las otras, que ninguno posee en exclusiva el don del carisma para repartirlo a los otros, sino que todos, lo poseemos para vivirlo en plenitud, y estamos llamados a comunicarlo en un compartir fraterno y espiritual. Debemos por tanto interrogarnos sobre cómo vivimos la complementariedad, preguntarnos si ésta crece dentro de esta reciprocidad, en la que subsiste nuestro carisma. Debemos verificar si las modalidades a través de las cuales hoy hacemos visible nuestra «santa unidad» son verdaderamente una recíproca ayuda a vivir según la forma del santo Evangelio.

2. CONOCE TU VOCACIÓN

Para actuar este intercambio es indispensable conocer aquello que poseemos, para poder ofrecerlo, esto es, vivir siempre con mayor conocimiento la llamada recibida. En efecto, tenemos delante de Dios la responsabilidad de buscar constantemente el sentido de nuestra vocación, porque «cuanto más perfecta y mayor es, tanto más es lo que le debemos a él; por eso dice el Apóstol: *«conoce tu vocación»* (TesCl 3-4).

Es este el gran desafío con el que continuamente nuestra vida se confronta. La pregunta que está al inicio de la conversión de Francisco están también al inicio de cada día: «¿Señor, qué quieres que haga?» ¿Cómo podemos vivir nuestra vocación para que tenga sentido? ¿Qué significa para las Hermanas Pobres cumplir «el santo y veraz mandamiento» del Señor? Nuestro tiempo es un tiempo de preguntas e interrogantes. Las personas que se dirigen a nosotros, el ambiente en el que vivimos, la Iglesia misma, se transforman a menudo en preguntas, que sacuden nuestras certezas y ponen en discusión nuestro estilo de vida. No se debe tener miedo de esto, sino como Francisco delante del Crucificado, se requiere pedir «sentido y conocimiento» (*OrSD* 5), para vivir con aquella «discreción», que tanto recomendaba Clara a las Hermanas; es poder discernir lo necesario de lo superfluo, volviendo siempre a aquello que es esencial: «ya que, por divina inspiración, os habéis hecho hijas y esclavas del Altísimo y Sumo Rey, Padre celestial, y os habéis desposado con el Espíritu Santo, eligiendo vivir según la perfección del Santo Evangelio» (*RCl* 6, 3).

¿Cómo expresáis hoy vuestra identidad? ¿Cómo la enunciáis a nosotros Hermanos Menores y cómo la decís al mundo? Es el momento para que os volváis a apropiari de vuestra forma de vida de Hermanas Pobres que, por las vicisitudes históricas de vuestra Orden, a veces encuentra hoy dificultad para volver a encontrar su especificidad, cuando no está suficientemente enraizada en la Regla escrita para vosotras por santa Clara. Esta necesidad de un regreso a los orígenes no os lo pedimos solamente nosotros, Hermanos Menores, sino que es toda la Iglesia la que lo pide a la vida religiosa: «Se invita pues a los Institutos a reproducir con valor la audacia, la creatividad y la santidad de sus fundadores y fundadoras como respuesta a los signos de los tiempos que surgen en el mundo de hoy. Esta invitación es sobre todo una llamada a perseverar en el camino de santidad a través de las dificultades materiales y espirituales que marcan la vida cotidiana. Pero es también llamada a buscar la competencia en el propio trabajo y a cultivar una fidelidad dinámica a la propia misión, adaptando sus formas, cuando es necesario, a las nuevas situaciones y a las diversas necesidades, en plena docilidad a la inspiración divina y al discernimiento eclesial» (*VC* 37). Demasiadas veces la seguridad, que en nuestra vida a menudo nos ha sido ofrecida por formas y estructuras consolidadas, nos impide preguntarnos si éstas son aún significativas o si han perdido su fuerza y no se habrán reducido a un cómodo refugio. La renovación conlleva siempre un gran esfuerzo, nos pide un atento discernimiento, necesita tiempo y paciencia, pero es la única posibilidad que tenemos para que nuestra vida continúe siendo «signo» legible para los que nos rodean. También nosotros los Hermanos Menores nos hemos puesto a recorrer este camino y el Documento del Capítulo General del 2003 nos recordaba a propósito de esto que debemos prestar atención porque «quien no lee lo signos de los tiempos

arriesga a pararse, repetirse, anular los sueños más profundos, perder poco a poco la alegría contagiosa de la fe» (*Sdp* 6).

Por eso tenemos necesidad, nosotros Hermanos Menores y vosotras Hermanas Pobres, de una gran lucidez para distinguir aquello que en nuestra vida está aún cargado de significado, habitado por la presencia del Señor, de aquello que ya es solamente superficial como una cáscara, una jaula vacía que oprime, una estructura que nos ralentiza. Y junto a la *lucidez* necesitamos la *audacia* para hacer elecciones consecuentes, que nos permitan continuar siendo fieles a aquello que en nuestro carisma es realmente fundante, para volverlo a encarnar, de modo nuevo en la realidad cultural en la que vivimos. Volveremos, entonces, a ser signos visibles, faros de esperanza, para los hombres y mujeres de nuestro tiempo, sedientos de Dios, de lugares donde poder encontrarlo, de tiempos para poderse reencontrar.

Es sólo en esta «fidelidad», que es por sí misma «dinámica», como puede crecer una verdadera reciprocidad. Ella será, entonces, antes que nada un comunicar en la fe el sentido siempre nuevo de la propia vida según la perfección del Santo Evangelio; un transmitir la alegría y la pasión por la propia vocación; un avanzar juntos «con andar apresurado, paso ligero, sin estorbos en los pies... sobre la senda de la bienaventuranza» (*2CtaCl* 12s.). Los biógrafos nos dicen que al término de su vida Francisco decía: «Comencemos hermanos a servir al Señor, porque hasta la fecha poco o nada hemos hecho» (*1Cel* 103). También nosotros, peregrinos y forasteros, seguidores de la altísima pobreza, no debemos tener temor en dejar a nuestras espaldas todo aquello que es obstáculo o ralentiza el camino que conduce a la meta. Pidamos a Francisco la gracia de desear poder recomenzar siempre desde el inicio, con la alegría y el entusiasmo de los orígenes, teniendo como único punto de referencia nuestro donarnos totalmente al Señor.

¿Cómo responder hoy al Señor y a los hermanos y a las hermanas que nos interpelan? ¿Cómo «refundar» nuestra vida? ¿Cómo volver a encontrar la frescura de la gracia de los orígenes, para continuar siendo testigos del carisma de Francisco y Clara?

3. AUTONOMÍA Y COLABORACIÓN

El descubrimiento acontecido en los últimos años de la participación en el único carisma, sobre todo gracias a los más recientes estudios clarianos, ha puesto en evidencia cómo el Evangelio vivido por Clara no pueda ser reducido a la simple versión femenina de áquel vivido por Francisco. La *plantita* de Francisco, en efecto, permaneciendo siempre en la escuela del santo de Asís, expresa su

absoluta originalidad e irreductibilidad, que garantiza y conserva la identidad en la reciprocidad.

Así desde el inicio, mientras Francisco deja Asís y la Umbría para anunciar la Palabra por las calles del mundo, Clara con sus Hermanas se establecen fuera de las puertas de Asís, dedicándose en el silencio y en la soledad a la contemplación de la Palabra. Mientras Francisco va a encontrar a los pobres y a los leprosos, Clara acoge a todos con la ternura de una madre en San Damián (cf. *Constituciones generales Hermanas Pobres*, 4, 2). Como ya os decía mi predecesor, Fr. Hermann Schalück: «las diferencias entre Francisco y Clara no se contradicen, sino que se complementan. Clara fue para el Pobrecillo de Asís la encarnación de la mujer del Evangelio, imagen de María, hija y sierva del Altísimo Rey, el Padre celeste, esposa del Espíritu Santo, imagen del Señor. Fue custodia de la Palabra viva del Señor, que los hermanos esparcían por los caminos del mundo; fue aquella que con el sacrificio, con el ofrecimiento continuo dio plena fecundidad al anuncio de tal Palabra. Fue testigo íntegro del deseo de Francisco de vivir en el Hijo, pasando con él cada día al Padre. Es este hasta hoy el servicio particular de la Hermanas Pobres: ser un continuo agradecimiento, una perenne Eucaristía para toda la Orden de los Menores, ser la profecía de una Iglesia que ya en el hoy, en el misterio eucarístico, realiza para todos aquello que será para siempre» (CTC, Cuadernos de la Oficina «pro Monialibus» 24 (1997) 263).

Esta unión carismática que, aún en las diferencias específicas, unió a Francisco y a Clara, ha atravesado los siglos y es muy vivo y sentido aún hoy entre las Hermanas Pobres y los Frailes Menores, aunque no sea definitivo por relaciones jurídicas específicas entre las dos Órdenes. Cada vez que visito las Entidades de la Orden, tengo la posibilidad de encontrar también a las Hermanas Pobre de aquella región y en el diálogo con ellas emerge a menudo claramente que las alegrías y las preocupaciones de los caminos son las mismas. Creo que muchos pasos, en este sentido, se han hecho ya, sobre todo después del Concilio Vaticano II, pero en diversos casos queda aún mucho trabajo que realizar. Frecuentemente, en efecto, la asistencia prometida por Francisco a Clara ha sido concebida por los Hermanos como una especie de tutela y por parte de las Hermanas Pobres como una efectiva dependencia, dando origen a verdaderas y particulares ingerencias de los unos con los otros. Otras veces, por el contrario, la justa autonomía ha llevado a un casi total aislamiento y a caminos independientes, reduciendo la reciprocidad entre la Primera y la Segunda Orden a recíprocas prestaciones de servicios.

Queriendo evitar estos riesgos, debemos reconocer que la relación a la que estamos llamados es tan bella como comprometida y requiere por ambas partes, madurez humana y espiritual, además de una sólida formación. Una sana colaboración que no tenga sólo cuenta de las diferencias, sino las ayude a

subsistir, no puede ser improvisada, sino que necesita un serio camino de formación y, consecuentemente, una reflexión profunda sobre la propia identidad. Sin estos dos elementos toda colaboración está destinada al fallo. Por otra parte la historia misma, al menos en diversas zonas geográficas, nos está llevando a cumplir elecciones a las cuales se debería llegar preparados en cuanto es posible. El descenso numérico de las vocaciones, sea para la Primera como para la Segunda Orden, comporta inevitablemente consecuencias en el interior de las Provincias de los Frailes y en cada uno de los Monasterios. En estos casos lo que más preocupa no es la serena elección de la disminución de una presencia franciscana, como el obstinarse en mantenerla, también cuando no existen las condiciones mínimas para que continúe siendo significativa. Una sobrevivencia forzada, que en ciertas situaciones es garantizada sólo por una autosuficiencia económica, es expresión de una voluntad de aislamiento bien lejana de la justa defensa de la propia autonomía. Se asiste en estos casos a la progresiva disminución de las exigencias fundamentales de nuestra vida. No se logra satisfacer la tarea formativa que debe favorecer un continuo crecimiento espiritual; disminuyen las condiciones mínimas que garantizan una serena vida fraterna y, para continuar a hacer frente a todas las tareas, se termina con no cuidar aquello que por el contrario es esencial. Como advierte *Vita Consecrata* «lo que se debe evitar absolutamente es la debilitación de la vida consagrada, que no consiste tanto en la disminución numérica, sino en la pérdida de la adhesión espiritual al Señor y a la propia vocación y misión» (VC 63). Tenemos, pues, una gran responsabilidad en las confrontaciones de las nuevas generaciones que a nosotros se dirigen, fascinados por nuestro carisma y que quieren comenzar nuestra vida. ¿Qué le podemos ofrecer? ¿Sabemos acoger sus saludables «provocaciones» para renovarnos? ¿No se corre, a veces, el peligro que la preocupación mayor sea el formar personas lo más posible integradas en nuestras estructuras?

Vivir el carisma franciscano significa, por el contrario, estar abiertos a la ayuda recíproca; a ayudar y a dejarse ayudar con los medios con los que se disponga; ser y sentirse parte de una única familia en la que todo viene compartido: «nuestra Orden entera, aún formada por monasterios autónomos, constituye una única familia» (*Constituciones generales de las Hermanas Pobres* 216). Vivir en santa unidad, en efecto, quiere decir también saber reconocer que tenemos necesidad, renunciar a la soberbia que puede venir del número o de las riquezas, para ir al encuentro del otro para hacerse su compañero de camino, según la enseñanza de Emaús.

Por esto mismo debemos tener el coraje de preguntarnos: ¿Qué imagen de fraternidad ofrecemos en la Iglesia? ¿Qué significa pertenecer a una Orden más allá que a un Monasterio? ¿Cuáles son los instrumentos con los que edificamos la fraternidad? ¿Qué es necesario cambiar para reforzar la colaboración entre los Monasterios y entre nuestras Órdenes?

4. VIDA Y MISIÓN

Si sabemos comprometernos para mejorar nuestra fraternidad, ciertamente se beneficiará la calidad de nuestra vida y de nuestro testimonio. «La vida de comunión “será así un *signo* para el mundo y una *fuerza* atractiva que conduce a creer en Cristo [...]. De este modo la comunión se abre a la *misión*, haciéndose ella misma *misión*». Más aun, «*la comunión genera comunión* y se configura esencialmente como *comunión misionera*”» (VC 46).

Viviendo en esta santa unidad nuestra misma vida, antes y más que nuestras palabras, llegará a ser signo visible para un mundo que aún sufre por las divisiones y las discordias y que continuamente busca testigos de paz y de reconciliación. Siempre existe, cada vez más, la urgencia de hombres y mujeres que, fundando sus existencias en Dios Padre, sigan las huellas de su Hijo para testimoniar y anunciar al mundo, en el Espíritu Santo, su ser encarnado como nuestro hermano menor. Debemos ayudarnos a redescubrir la actitud obediente de María, virgen hecha Iglesia, que con su *fiat* acogió «en el pequeño claustro de su santo seno» a Aquel que «los cielos y la tierra no podían contener» (3CtaCl, 18s) y llevarlo espiritualmente en nosotros, imitando sobre todo la humildad y la pobreza (cf. 3CtaCl 25). Debemos ayudarnos a no hacer de nuestros conventos y de nuestros monasterios lugares de fuga de la realidad, sino hacer de ellos verdaderas escuelas de contemplación, donde aprender a descubrir «cual es la amplitud, la longitud, la altura y la profundidad, y conocer el amor de Cristo que sobrepasa todo conocimiento» (Ef 3, 18). Sólo viviendo según la forma de una amor así grande y transformándonos día por día en ello, llegaremos a ser verdaderamente ejemplo y espejo no sólo para cuantos viven con nosotros, sino para todos aquellos que se encontrarán con nosotros (cf. TesCl 19).

Encontraremos así, juntos, el gusto de celebrar y cantar la admirable belleza de la obra de Dios. El cansancio y la monotonía, que a menudo mata nuestras celebraciones litúrgicas, dejará el puesto a la alegría y el estupor, porque tendremos ojos espirituales para ver en la creación y en la providencia la fidelidad de la presencia de Dios en nuestra vida. Sólo dejando que nuestro corazón esté lleno de este Bien, podremos ser verdaderos profetas porque no sólo seremos capaces de denunciar, sino también de renunciar verdaderamente a la lógica del éxito, de la riqueza y del egoísmo.

La altísima pobreza volverá, entonces, a ser nuestra esposa y estaremos a la altura de hacer auténticas elecciones para compartir con los pobres y con los últimos, acogiéndolos y ocupándonos de ellos con amor materno, porque sólo quien es pobre puede acercarse al pobre como a un hermano; haciéndonos compañeros de ellos sólo «por amor de aquel Dios que pobre fue puesto en el pesebre, pobre vivió en el mundo y desnudo quedó sobre el patíbulo» (TesCl

45); viviendo «sin nada propio», porque quedaremos expropiados interiormente y exteriormente, y por tanto sin raíces, sin legarnos a lugares y a estructuras, porque seremos «peregrinos y forasteros» en este mundo.

Pero todo esto supone una gran disponibilidad para cambiar, para dejarnos formar y transformar, para vivir de fe, caminando aún sin ver la meta hacia la cual nos queremos acercar. Se trata de estar dispuestos a una verdadera *metanoia*, que afecte a toda la persona en un proceso dinámico de crecimiento armónico y que la mantenga en una actitud de constante conversión (cf. *VC* 65). Sólo dentro de este proceso formativo permanente será posible llegar a ser cada día más Hermano Menor y más Hermana Pobre. La formación es quizás el desafío más grande que tenemos delante, para que nuestra fidelidad a la vocación y misión que hemos recibido sea de verdad creativa.

Queridas Hermanas, mientras renuevo aún delante de vosotras mi promesa «de tener siempre de vosotras, como de mis hermanos, cuidado y solicitud especial» (*FVCI* 2); con la santa madre Clara «doblo mis rodillas ante el Padre de nuestro Señor Jesucristo (*Ef*3, 14) para que, por los méritos de la gloriosa Virgen santa María, su Madre, y de nuestro beatísimo padre Francisco y de todos los santos, el mismo Señor que inició en nosotros la obra buena, nos dé también el incremento (cf. *1Cor* 3, 6-7) y la perseverancia final. Amén» (*TesCI* 77-78).